

— Pues qué, ¿ Vuestra Eminencia ha cometido alguna falta? preguntó fray Pacífico, contemplando atónito al cardenal.

— Sí, muy grande. Pero Dios que lee en el fondo del corazón me perdonará, aunque no la posteridad.

— ¿Cuál?

— He vuelto á poner en el trono, de que la Providencia le había arrojado, á un rey perjuro, estúpido y cruel. Anda, hermano, anda y ruega por los dos.

Cinco minutos después, fray Pacífico, caballero en su asno, se dirigía á Nola, primera etapa del camino de Jerusalén.

CAPÍTULO XIV

Un hombre que cumple su palabra

Seguramente recordarán nuestros lectores el día en que una bala inglesa derribó el pabellón tricolor del castillo de San Telmo, izándose en seguida la bandera blanca de parlamento. Entonces escribió el rey á Palermo que al día siguiente se firmaría la capitulación; mas el rey se equivocó, pues que al día siguiente la aparición del cadáver de Caracciolo le sobrecogió en términos de no poder ocuparse de nada. Dos días después, cambiando el fondeadero, subió el rey al puente, en donde le aguardaba el duque de Salamandra para someterle las condiciones de capitulación del coronel Mejean, compuesta de once capítulos ventajosos al honor francés, y estipulándose que la guarnición rendiría las armas, después de haber sido reemplazada por tropas portuguesas, inglesas, rusas y napolitanas.

Firmóse el 12 la capitulación y el 13 se presenta-

ron los aliados á tomar posesión de la fortaleza.

Una hora antes, Mejean mandó llamar á Salvato: los dos soldados se saludaron con frialdad. El coronel indicó á Salvato una silla, y éste se sentó.

— General, ¿recordáis lo que pasó en esta misma sala el día de vuestra llegada?

— Muy bien, coronel, recuerdo que hicimos un convenio.

— ¿Y no habéis olvidado los términos en que fué estipulado?

— Se convino en que mediante ocho mil ducados os obligabais á llevarnos á Francia á la señora San Felice y á mí.

— ¿Se han cumplido las condiciones?

— Para uno solo.

— ¿Podéis satisfacerlas para el otro?

— No.

— ¿Qué hay que hacer, pues?

— Salvar al débil.

— ¿Y vos?

— ¿No habéis visto el papel del cofrecito en el cual se me decía que velaban por mí?

— ¿Me daréis el disgusto de tener que entregaros, según el artículo de la capitulación que á ello me obliga, como súbdito que sois de S. M. sici-liana?

— Tranquilizaos; yo mismo me entregaré.

— Nada me resta que deciros, repuso Mejean inclinándose. Podéis subir á vuestro cuarto.

— Un instante: ¿Me será lícito preguntaros por qué medios pensáis salvar á la señora San Felice? Porque sabéis muy bien que me sacrifico por salvarla.

— La señora San Felice se disfrazará de cantinera y os juro que nadie le tocará la ropa.

— Muy bien. Tened la bondad de enviarle cuanto antes su disfraz.

Los dos hombres se saludaron.

Luisa esperaba llena de ansiedad, pues sabía que Salvato no había podido satisfacer la mitad de la suma estipulada, y por otra parte conocía la avaricia de Mejean.

Salvato apareció con la sonrisa en los labios.

— ¿Y bien? preguntó Luisa.

— Todo está arreglado.

— ¿Se contenta con la palabra?

— No, le he firmado una obligación. Tú saldrás de la fortaleza de San Telmo, disfrazada de cantinera y protegida por el uniforme francés.

— ¿Y tú?

— Tengo que llenar una pequeña formalidad que me separará de ti algunos instantes.

— ¿Cuál? preguntó Luisa con inquietud.

— Probar que, aunque nacido en Molisa, estoy sirviendo á la Francia, y nada más fácil, puesto que todos mis papeles están en el palacio de Angry.

— ¿Pero me dejas?

— Sólo por algunas horas.

— ¿Horas? antes me dijiste un instante.

— Un instante... unas horas... ¡qué diantre! hay que ponerte los puntos sobre las íes.

Luisa se arrojó al cuello de Salvato, abrazándole con efusión.

— Tú eres hombre y fuerte: yo débil; pero, ¿qué quieres? tu amor es un sacrificio y el mío sólo egoísmo.

Salvato la estrechó contra su corazón; mas á pesar suyo se estremeció en términos que no pudo ocultárselo á Luisa.

En aquel mismo momento trajeron el traje de cantinera, y Salvato se desprendió de los brazos de su amada, que empezó á vestirse el gracioso disfraz que realzaba su hermosura.

Salvato no se cansaba de contemplarla, prodigándole tiernas palabras de amor.

Pasóse entretanto una hora.

Redoblaron los tambores anunciando el cambio de guarnición. Salvato palideció, y echando una

mirada al patio en que se hallaban ambos ejércitos:

— Ya es tiempo de bajar, dijo á Luisa, y entrar en filas.

Bajaron los dos amantes; pero al llegar al umbral de su estancia, Salvato se detuvo á dar un último abrazo á Luisa.

¡Habían sido allí tan felices!

Mejean hizo á Salvato una señal para que se incorporase con los franceses, y colocó cerca de sí, entre filas, á Luisa.

Redoblaron los tambores, y dióse, la voz de « ¡Marchen! »

Al salir de la fortaleza y al rendir las armas, el coronel se adelantó hacia el grupo de oficiales aliados, diciéndoles:

— Señores, en cumplimiento del art. 6.º de la capitulación, tengo el honor de entregaros los rehenes que estaban en la fortaleza.

— Los tenemos por recibidos, respondió el duque de Salamandra.

Y añadió después de contarlos:

— No creíamos que fuesen más que cinco, y vemos seis.

— El sexto no es un rehén, dijo Salvato, es un enemigo. Soy Salvato Palmieri, napolitano, pero sirvo á la Francia.

Luisa, que había presenciado esta escena con el corazón oprimido, lanzó un grito.

— Se pierde, dijo Mejean. ¿Por qué ha hablado? Más sencillo era callarse.

— Pues si se pierde, yo también debo perderme con él, exclamó Luisa. ¡ Salvato ! ¡ Salvato mío, espérame !

Y saliendo de las filas, á pesar del coronel Mejean que se lo impedía, se arrojó en los brazos del joven, exclamando :

— ¡ Y yo soy Luisa San Felice ! ¡ Morir ó vivir con él !

— Ya lo oís, señores, prorrumpió Salvato. Sólo tenemos que pedirnos una merced, y es que no nos separen durante el corto tiempo de vida que nos resta.

El duque de Salamandra se volvió á los otros oficiales como consultándolos, y éstos, contemplando á los dos amantes con cierta compasión, respondieron :

— Las instrucciones particulares del rey condenan á muerte á la San Felice.

— Pero no prohíben que la condenen con su amante, repuso Trouvridge.

— No.

— Pues démosles esta última satisfacción.

Y mandando salir de filas á cuatro soldados, les dijo :

— Conducid esos dos presos al Castillo Nuevo : me respondéis de ellos con vuestras cabezas.

— ¿ Puede la señora cambiar de vestido ? preguntó Salvato.

— ¿ Dónde tiene su ropa ? dijo el duque.

— En su cuarto del fuerte de San Telmo.

— Juradme que no es un pretexto para tratar de fugaros.

— Lo juramos, y antes de un cuarto de hora estaremos de vuelta.

— Nos fiamos en vuestra palabra.

Y Salvato y Luisa volvieron á entrar en la fortaleza.

Al abrir la puerta de aquella estancia, que creía haber dejado para recobrar libertad, amor y ventura, y á la que volvía prisionera y condenada á muerte, Luisa se dejó caer en un sillón y prorrumpió en sollozos.

Salvato se arrojó de rodillas á sus pies, diciéndola :

— ¡ Luisa ! Dios sabe que he hecho cuanto me ha sido posible por salvarte, y siempre te has negado á separarte de mí ; has dicho : « Vivir ó morir juntos. » En pocos meses hemos agotado las delicias

de la vida ; ¿ te faltará valor al acercarse la hora suprema ? ¡ Pobre niña ! ¿ Te engañarán tus propias fuerzas ?

Luisa levantó la cabeza, inclinada sobre el pecho, sacudió su espesa cabellera que ocultaba su semblante, y contemplándole á través de un velo de lágrimas, respondió :

— Perdóname un momento de debilidad, Salvato ; bien ves que no tengo miedo á la muerte, pues que yo misma la busqué, cuando vi que me habías engañado y que querías morir sin mí, prenda de mi alma.

— ¡ Luisa adorada !

— Mi corazón desfalleció un instante al entrar aquí. Pero ya cesaron las lágrimas : ¿ no ves como sonrío ? Mientras tenga sangre en las venas, nos amaremos con frenesí y seremos felices. Venga, pues, la muerte ; si la muerte es la eternidad, eterno será nuestro amor.

— ¡ Ah, Luisa ! ¡ reconozco tu noble corazón !

Y abrazándola, confundieron sus almas, sellándose recíprocamente los labios.

Recobrada un tanto, Luisa cambió de traje, y bajando majestuosamente la escalera, apoyada en el brazo de su amante, se presentó de nuevo al duque de Salamandra y á los demás jefes, diciéndoles con quieta y melodiosa voz :

— Recibid á la vez las gracias de una dama y la bendición de una moribunda, y os reiteraré mi bendición si lográis que la misma cuchilla caiga sobre nuestros cuellos juntos.

Salvato desciñó su espada presentándola á Baillie y á Trouvridge, que dieron un paso atrás ; en seguida, el duque dijo :

— La tomo, porque tal es mi deber ; pero Dios sabe que preferiría dejárosla. Diré más, caballero, soy soldado y no alguacil, y como no tengo ninguna orden respecto á vos...

Y mirando á sus oficiales, éstos correspondieron con una señal que seguramente quería decir que le dejaban dueño de obrar como le pareciese.

Comprendiólo todo Salvato y dijo al duque :

— Al dejarme en libertad, ¿ se la daréis también á esta señora ?

— ¡ Imposible, caballero ! Esta señora ha sido designada especialmente por el rey, y debe ser juzgada. Por mi parte deseo con toda mi alma que la absuelvan.

Salvato saludó.

— Lo que ella hizo por mí, debo yo hacerlo por ella : nuestros destinos son inseparables en la vida y en la muerte.

Y Salvato selló con un beso la frente de la dama

con quien acababa de desposarse por la eternidad.

— Señora, dijo el duque, haré venir un coche para que no atraveséis las calles de Nápoles entre cuatro soldados.

Luisa le dió las gracias con un movimiento de cabeza. Al poner el pie en el coche, se vieron rodeados de una muchedumbre de curiosos, entre los que se veía un fraile de San Benito, que echó atrás su capucha al pasar Salvato. Éste se estremeció.

— ¿Qué tienes? le preguntó Luisa.

— ¡ Es mi padre ! murmuró aquél. Nada se ha perdido todavía.

CAPÍTULO XV

El foso del cocodrilo

Todavía puede verse en el Castillo Nuevo el calabozo llamado *foso del cocodrilo*, por haberse cogido en él uno de estos anfibios cuyo esqueleto se conserva. Es una profunda y oscura caverna labrada en la roca, que por sus grietas comunica con el mar, que en días de tempestad invade con sus olás de espuma, no teniendo el prisionero para atenuar tan horrendo suplicio, otro recurso que suspenderse á una barra de hierro fija en la pared.

El terrible reptil encontraba con frecuencia en aquella guarida cebo humano para su voracidad.

Luisa y Salvato fueron encerrados en aquel calabozo, y á la luz de una lámpara suspendida del techo, vieron á otros prisioneros, uno de los cuales lanzó al poco rato un grito de júbilo y de compasión á la vez, y varios prisioneros se arrojaron en los brazos de los nuevos huéspedes de tan triste mora-

da ; eran Miguel, Leonor Pimentel, Cirillo, Manthonnet y Velasco.

— ¡ Querida hermana ! exclamó Miguel, ¿ quién había de pensar que la bruja Nanno predijese con tal verdad cuanto nos ha sucedido ?

No pudo menos de estremecerse Luisa, y sonriendo melancólicamente y palpando su cuello tan frágil y delicado, meneó la cabeza como para decir que no había de dar mucho que hacer al verdugo.

¡ Ah ! ¡ le engañaba hasta esa última esperanza !

En medio del desorden general se abrió la puerta, dando paso á un hombre alto, con traje de general republicano.

— ¡ Héctor Caraffa ! exclamaron dos ó tres voces.

— Cirillo, Manthonnet, Salvato, la señora Pimentel, la San Felice, señoras, servidor vuestro. La sociedad no puede ser más escogida y no tendremos tiempo de fastidiarnos.

— Creo que no nos le darán, dijo Cirillo con su voz dulce y triste.

— Pero, ¿ de dónde venís, querido Héctor ? respondió Manthonnet. Os creía salvo en Pescara.

— En efecto, lo estaba ; pero habéis capitulado y como el cardenal me envió una copia de la capitulación y el abad Pronio me escribió al mismo

tiempo que me rindiese con las mismas condiciones, prometiéndome la vida salva y mi vuelta á Francia, no creí deshonrarme siguiendo vuestro ejemplo, y firmé y entregué la ciudad, y el abad Pronio vino á mí cabizbajo no sabiendo cómo darme una mala nueva. El rey le había escrito que había tratado conmigo sin poderes y que tenía que entregarme atado de pies y manos, respondiendo de mi cabeza con la suya, y aquí me tenéis.

En seguida cada cual contó su historia, que ya conocemos.

— Á propósito, una buena noticia. Nicolino se ha salvado.

Al enterarse de la traición del arrendatario de Caracciolo, Nicolino se refugió en Pescara, y como el abad Pronio no le inspiró la misma confianza que á Héctor Caraffa, se fugó disfrazado de campesino. Tan buena nueva regocijó á los cautivos.

En tanto reunióse el tribunal en el convento de Monte Olivete, empleando contra los acusados procedimientos judiciales muy parecidos á los de la cámara obscura : las delaciones y los espionajes eran admitidos como pruebas : aplicábase á veces la tortura, si le antojaba al juez, contándose generalmente las ejecuciones por él número de acusados.

Así, pues, no era escaso el contento de maese Donato y de Basso-Tomeo, á quienes no habrá olvidado el lector.

Había 8,000 prisioneros, lo cual representaba un minimum de 4,000 penas capitales. Cuatro mil ejecuciones á 10 ducados cada una, arrojaban una suma de 40,000 ducados.

En vista de tan lisonjero resultado, Donato, sentado á una mesa con Basso-Tomeo, prometía elevar la dote de su hija á 350 ducados.

Abrióse en esto la puerta, y un alguacil de la Vicaría entró y preguntó :

— ¿ Maese Donato ?

— Adelante, ¿ quién es ?

— Alguacil de la Vicaría, de parte del procurador fiscal.

— Anda pronto, dijo Basso-Tomeo, ya empieza la cosecha.

Salió corriendo maese Donato y presentóse ante el procurador fiscal.

— ¿ Sois vos, maese ? le dijo éste.

— Á las órdenes de Vuestra Excelencia, respondió el verdugo.

— ¿ Sabéis que no nos va á faltar qué hacer ?

— Lo sé, respondió maese Donato, con un gesto con pretensiones de sonrisa.

— Por eso os he llamado, para que nos entendamos acerca de vuestros honorarios.

— Ya lo sabe Su Excelencia : 600 ducados de sueldo y 10 cada ejecución.

— De modo que si hay 4,000 os metéis en el bolsillo 40,000, es decir, el doble del total que gana el tribunal, desde el portero al primer magistrado.

— Verdad ; pero yo solo trabajo más que todos ellos juntos, y mi trabajo es más duro ; ellos condenan y yo ejecuto.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! exclamó el juez ; pero hay una diferencia entre vos y los jueces, y es que éstos son inamovibles y vos podéis ser destituido.

— ¿ Por qué ? ¿ no he cumplido siempre con mi deber ?

— Se os acusa de ser algo tibio por la buena causa.

— ¿ Cómo ? ¡ cuando he estado con los brazos atados mientras duró eso que llamaban república !

— Porque fué bastante necia para no soltároslos. De todos modos, bueno es que sepáis que se han recibido veinticuatro denuncias contra vos y más de mil solicitudes para reemplazaros.

— ¡ Virgen del Carmen ! ¿ qué me dice Su Excelencia ?

— Y eso sin sobresueldo, con sólo los honorarios fijos.

— Pero, ¿ no piensa Su Excelencia en el trabajo que voy á tener ?

— Eso compensará el tiempo en que no has hecho nada.

— Vuestra Excelencia quiere arruinar á un pobre padre de familia.

— ¡ Tu ruina ! ¿ Y por qué quieres que yo te arruine si nada me ha de reportar ? Además, no puede decirse que está arruinado ningún hombre que cuenta con un sueldo de 800 ducados.

— No es más que de 600.

— Pero la munificencia de la Junta te aumenta 200 en vista de las circunstancias excepcionales.

— Señor promotor fiscal, bien sabéis que eso no es razonable.

— Lo que no es razonable es proseguir en esta discusión. ¿ Te acomoda ó no te acomoda ?

— Pero Excelencia...

— ¿ Rehusas ?

— ¡ No, no ! exclamó maese Donato, sólo que no puedo menos de participar á Su Excelencia, que tengo una hija, y como su acomodo es difícil, contaba con la vuelta de nuestro querido rey para ganar el dote de mi pobre Marina.

— ¿ Es linda tu hija ?

— La más linda de Nápoles.

— Pues bien, la Junta, haciendo un sacrificio, te dará un ducado por cada ejecución para el dote de tu hija ; pero á condición de que ella venga á cobrar.

— ¿ Adónde ?

— Á mi casa.

— Tanto honor, Excelencia, pero eso no quita...

— No quita ¿ qué ?

— Que sea un hombre arruinado.

Y exhalando hondos suspiros volvió á su casa, en donde le esperaban Basso-Tomeo y Marina.

La noticia, mala para maese Donato, era buena para Marina y para Basso-Tomeo, de modo que, en virtud de la ley filosófica de las compensaciones, el dolor de unos dió contento á otros ; verdad es que para no herir la susceptibilidad conyugal de Giovanni, no le hablaron de la obligación que Marina tenía de cobrar personalmente la prima.

CAPÍTULO XVI

Las ejecuciones

El 6 de Agosto á las doce del día salió el rey de Nápoles, ó más bien de la punta de Pausilipo pues que no se atrevió á bajar á la ciudad durante los veintiocho días que estuvo en el golfo.

La travesía fué feliz, no habiendo encontrado ningún cadáver como el de Caracciolo, que saliese del fondo del mar.

El rey no quiso marcharse sin dar qué hacer antes á la junta y al verdugo, habiendo sacrificado seis víctimas en aras de la venganza. Nápoles respiró en seguida once días, sin ver levantarse el patíbulo. Quizás esperaban noticias de Francia.

En efecto, Championnet había tomado el mando del ejército de los Alpes, en dónde consiguió brillantes victorias. Championnet era el espanto de Nápoles, y temían verle llegar de un momento á otro á las puertas de la ciudad.

Además oíase en algunos labios el nombre de Bonaparte.

Estas consideraciones, unidas á la ausencia del rey, volvieron el poder al cardenal, quien no se curaba de perseguir á los hombres garantizados por su capitulación.

Entretanto, el cardenal recibió esta carta del rey :

« Palermo, 10 de Agosto de 1799.

» Eminentísimo señor : Me ha complacido en extremo vuestra carta, en que me manifestáis la intranquilidad de que goza Nápoles. Apruebo que no hayáis permitido á Fra-Diávolo entrar en Gaeta. Convengo con vos en que es un jefe de bandidos, pero no por eso dejo de reconocer cuán obligado le estoy. Fuerza es, pues, seguir sirviéndose de él y tener buen cuidado de no disgustarle; pero al mismo tiempo es preciso convencerse de la necesidad que hay de que él y los suyos se sometan á la disciplina si quiere adquirir nuevos méritos á mis ojos.

» Pasemos á otra cosa :

» Cuando Pronio se apoderó de Pescara, me avisó que tenía á buen recaudo al conde de Ruvo, á quien prometió la vida; pero esto no estaba en su poder, y le di inmediatamente orden de que le

enviase á Nápoles, respondiendo del conde con su cabeza.

» Decidme si Pronio ha ejecutado mis órdenes. Conservaos bueno, y creed que soy siempre vuestro afectísimo,

« FERNANDO B. »

No deja de ser curioso este documento, en que un rey recompensa á un bandido y castiga á un gran ciudadano.

¡Pero todavía es más curiosa la posdata!

« En este momento recibo cartas de Nápoles en que me dicen que ha habido tumultos en el Mercado Viejo, por haber cesado las ejecuciones, y sobre este punto nada decís aunque es vuestro deber, ni tampoco el gobierno.

» La junta de Estado no debe vacilar en sus actos, ni enviarme relaciones vagas y generales. Es menester obrar con energía, sobre todo contra los jefes, ahorcándolos sin más ceremonia. Me habían prometido *justicias* para el lunes, y espero que no las habrán diferido. Si dejáis columbrar el menor temor, estáis *fritos*. »

¡Estáis fritos!

Es una palabra poco regia, pero muy expresiva.

En vista de tan apremiante recomendación, no era posible andarse con dilaciones, y se transmitieron inmediatamente á la junta de Estado las cartas del 10 de Agosto recibidas por la noche.

Como en ellas estaba particularmente comprendido Héctor Caraffa, se resolvió empezar por sus compañeros de cautiverio, y el 11, á las doce de la mañana, mandaron recoger los colchones.

— ¡Hola, dijo Héctor Caraffa á Manthonnet, parece que es hoy!

Salvato cogió en sus brazos á Luisa, besándola en la frente, y ésta dejó caer la cabeza sobre el pecho de su amante.

— ¡Desgraciada, murmuró Leonor, su muerte será cruel, porque ama!

Luisa le tendió la mano.

— Por fin, dijo Cirillo, vamos á saber ese gran secreto tan discutido desde Sócrates hasta nuestros días, á saber, si el hombre tiene alma.

— ¿Por qué no? dijo Velasco, mi guitarra la tiene.

É hizo vibrar en su instrumento algunos arpegios melancólicos.

— Sí, tiene un alma cuando la tocas, repuso Manthonnet, su vida es tu mano; retírala y morirá el instrumento, y adiós alma.

— ¡Desventurado que no cree, dijo Leonor Pimentel, levantando al cielo sus rasgados ojos españoles, yo creo!

— Es verdad, dijo Cirillo, vos sois poeta; pero no sois médico.

Salvato condujo á Luisa á un rincón del calabozo, y la sentó sobre sus rodillas.

— Escucha, bien de mi alma, hablemos al menos por primera vez seriamente del peligro que corremos. Luego nos conducirán al tribunal; esta noche seremos sentenciados, mañana pasaremos el día en capilla, y pasado mañana moriremos.

Salvato sintió á Luisa estremecerse entre sus brazos.

— Moriremos juntos, dijo suspirando la joven.

— Adorada criatura, el amor te inspira, pero tu naturaleza se resiste á la idea de la muerte.

— Amigo mío, en vez de animarme, me acobardas.

— Sí, porque no quiero que mueras.

— ¿Y tú, morirás?

— Sabes que al señalarte aquel hombre con traje de fraile te dije: « Es mi padre, no se ha perdido todo. »

— ¿Y crees que podrá salvarte?

— Un padre hace milagros por salvar á su hijo,

y el mío arriesgará por mí cien veces su vida.

— Si te salva, me salvará contigo. ¿ Crees que serán tan inhumanos que nos separen? añadió Luisa aterrada.

— Preciso es preverlo todo, aun en el caso en que mi padre no pueda salvar más que á uno de los dos.

— Entonces, á ti.

Salvato sonrió encogiéndose ligeramente de hombros, añadiendo:

— Bien sabes que en ese caso no aceptaría su auxilio, pero...

— ¿Qué? acaba.

— Que si por tu parte, aun quedando presa, no corres ya peligro de muerte, mi padre y yo te libertaremos.

— En vano trato de adivinar tu pensamiento, dímelo si no quieres que me vuelva loca.

— Luisa, estás en cinta, dijo Salvato, estrechándola contra el corazón.

La joven se estremeció de pies á cabeza, murmurando:

— ¡Pobre criatura! ¿Qué has hecho para morir conmigo?

— Pues es preciso que viva y que salve á su madre.

— ¿Cómo? no lo comprendo, Salvato.

— La ley respeta á la madre en cinta por no herir á su hijo.

— ¿Qué dices?

— La verdad. Espera el fallo, y cuando le pronuncien declara tu estado, con lo cual tendrás siete meses de prórroga.

Luisa miró tristemente á Salvato.

— ¿Es un hombre inquebrantable en materia de honor quien me aconseja que me deshonre públicamente?

— Te aconsejo que vivas sin reparar en los medios, ¿lo comprendes?

Luisa continuó en el mismo tono y como si nada hubiese oído:

— Todos saben que mi marido está ausente desde hace seis meses, y cuando me condenen por un crimen que no he cometido, he de decir en alta voz: « ¡Soy una esposa adúltera, salvadme! » ¡ Me moriría de vergüenza! bien ves que vale más subir al cadalso.

— ¿Y él?

— ¿Quién?

— Nuestro hijo. ¿ Tienes derecho de condenarle á muerte?

— Dios me es testigo, amigo mío, que si hubié-

ramos vivido, al oír su primer vagido al salir de mis entrañas, habría arrostrado con orgullo la mengua de mi maternidad; pero muerto tú mañana y yo dentro de siete meses, ese pobre niño, no sólo será huérfano, sino que llevará la mancha indeleble de su nacimiento, y abandonado de todos arrastrará una vida miserable. No, Salvato, que desaparezca con nosotros, y si el alma es inmortal, como lo espero, nos presentaremos ante Dios agobiados bajo el peso de nuestras faltas, que por este ángel nos ha de perdonar.

— ¡ Luisa! ¡ Luisa! exclamó Salvato, ¡ piénsalo bien!

— Y él, que es tan bueno, tan grande, tan noble, cuando sepa que he tenido valor para engañarle y no para morir, doblará su frente bajo el peso de la vergüenza. ¡ No! continuó Luisa poniéndose en pie; tan sólo de pensar en esto me siento fuerte como una espartana, y si el patíbulo estuviese aquí subiría con la sonrisa en los labios.

Salvato se arrojó á sus pies, cubriendo de besos sus manos.

— He hecho lo que debía, exclamó, te agradezco que hagas lo que debes.